

mendo, a solo uno de ellos, al niño, le corresponde en suerte librar la batalla final. Y así lo hace. Y sale victorioso, porque el azar, la buena estrella, la casualidad, pero sobre todo el valor, consiguen transformar lo que fue un error garrafal en la mayor fuente de contento. Reían y reían y el niño-tigre-lobo no podía, al principio, comprenderlo. Si todo lo había estropeado, si la sombra, atraída por su error ya llegaba. Ya se enseñoreaba de todos y de todo. Pero no. Porque todos los adultos, todos, reían y aplaudían y gritaban de contento. Y era él, el niño-tigre-lobo, la causa de tamaña efusión.

Y entonces lo entiendo todo. La luz de las risotadas y la luz de mis oídos me hacen entender que esa música de acordeones y de gaitas y de guacharacas, la música del baile, es también otra música. Mi música. La misma de todas las otras vidas. No sé cómo consigo ponerme de pie, me tropiezo pero no me caigo, doy un último giro de cabeza para que la máscara vuelva a su lugar pero la máscara no quiere. Lo hago porque yo conozco mi música. La conozco bien. Soy un lobo y por dentro soy un niño al que le palpita el corazón y cuando por fin empiezo a bailar para que los grandes sigan riéndose soy también un tigre. Un tigre vivo, total, que ha decidido no comerse a nadie. Que ha decidido comérselos a todos en un gran baile de carcajadas.

La risa, dicen los filósofos, logra lo imposible. Vence sobre el enemigo más imponente, rasga la fortaleza más impenetrable, reblandece todas las resistencias y durezas. La risa logró deshacer la aparición, conjurar el peligro. Ya el fantasma, que estuvo a punto de señorear de nuevo la vida de todos, ha regresado a la paz de su olvido. Y todo es posible de nuevo.

Mediante un ejercicio poético de gran delicadeza Antonio Ungar desarrolla y resuelve su fábula. Pese a que algunos episodios como el titulado "Ojos celestes", podrían haber gozado de mayor ligereza y conten-

ción, la proporción general de la obra se mantiene y el lector puede deslizarse a través de sus peripecias con agilidad. La utilización de la primera persona, uno de los recursos narrativos más exigentes y peligrosos, alcanza sin embargo suficiente intimidad y concisión como para sostener la verosimilitud del relato. El drama cotidiano y generalizado de las empresas familiares que se fracturan en pedazos encuentra en este narrador minúsculo un punto de vista fresco y punzante, que privilegia el principio de afirmación vital sobre la tiranía de la muerte. Por otro lado, pese a la sorprendente presencia de erratas tipográficas que abundan mucho más de lo permisible, la propuesta editorial de Ediciones B, alcanza un claro nivel de penetración con el espíritu desplegado en la novela, lo que, por supuesto, contribuye sensiblemente a la consolidación de ese clima de familiaridad que el texto consigue desplegar.

RAFAEL MAURICIO
MÉNDEZ B.



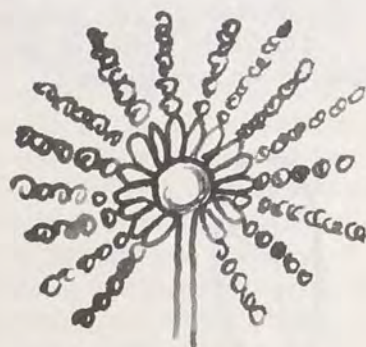
Un instrumento y dos mundos

El alma del acordeón
Ernesto McCausland
Intermedio Editores, Bogotá, 2007,
298 págs.

A sabiendas de que sus días se están agotando, Ana Polo, la hermana mayor del difunto Juancho Polo Valencia, quien fuera en vida acordeonero, cantor y parrandero legendario, toma una determinación de gran envergadura. De su propio puño y letra, y a pesar de saber que el finado Juancho Polo lo reprobaría drásticamente, escribió una misiva dirigida a la casa Honner, la productora de acordeones más importante de Alemania, con la esperanza de dar buena cuenta de un asunto que la vive atormentando.

*Señores
Honner
Alemania
Apreciados señores:
Soy hermana del acordeonero
Juancho Polo Valencia y desde
hace tiempo he querido escribir-
les para comentarles...*

Y así, de esta manera sencilla, la buena señora da inicio a una serie intrincada de acontecimientos que constituyen la trama de la novela *El alma del acordeón* escrita por Ernesto McCausland, y presentada bajo el sello editorial Intermedio Editores.



Las intenciones de la buena señora son muy concretas. Ella es depositaria del acordeón que Juancho Polo, su hermano, mantuvo consigo a lo largo y ancho de su larga carrera de cantor y parrandero, y luego de arduas deliberaciones ha decidido deshacerse de él y restituirlo a la casa matriz que lo fabricó en algún momento ya muy lejano. Se comunica entonces con la fábrica de acordeones Honner ofreciéndoles la tenencia del instrumento y solicitándole que alguno de sus empleados emprenda el viaje hasta Flores de María, su terruño natal, a fin de tomar posesión de él. Ahora bien, esta oferta, que podría suponerse como poco interesante a los ojos de una organización de la envergadura de la Honner, coincide con una circunstancia muy específica que transforma radicalmente la situación. En efecto, la otrora boyante industria de artefactos musicales, no ha podido responder adecuadamente a la ofensiva oriental que coloca en todos los mer-

cados del mundo instrumentos a mitad de precio, y se encuentra gravemente amenazada. Por otro lado, en algún lugar de Berlín, un coleccionista excéntrico ha presentado una oferta astronómica a cambio, precisamente, de un acordeón del tipo y condición del que Ana Polo ofrece poner en manos del representante de la Honner. El gerente de la empresa, habida cuenta de sus dificultades financieras no puede menos que considerar con avidez la propuesta de doña Ana, y tanto más en vista de que la Embajada de Colombia en Alemania se ha comunicado precisamente con él solicitándole la merced de enviar a uno de sus acordeonistas como estrella internacional a ser presentada en el marco del Festival de Acordeones de San Juan del Cesar.



La decisión no se hace esperar y entre todos los posibles candidatos para realizar esta doble tarea en tierras colombianas, el gerente se inclina por Karlheinz Birk, empleado de la compañía y usufructuario de una beca de estudios musicales que la Honner le ofrece y que le ha permitido convertirse en uno de los acordeonistas más promisorios de su generación. En semejantes circunstancias el joven Birk no está en condiciones de oponerse a la solicitud de su patrón y como, por otra parte, es soltero y no tiene obligaciones que le impidan su desplazamiento, el asunto es puramente operativo. De este modo, a regañadientes y agobiado por los malos augurios que su padre, su novia y sus amigos, le

presagian, Karlheinz Birk emprende un viaje que lo ha de colocar en el centro de un torbellino de acontecimientos que constituyen propiamente el cuerpo de la narración.

Birk se enfrenta a una realidad que lo desborda aparatosamente. La temperatura, el régimen alimenticio, las rutinas de desplazamiento, horarios y carreteras, la locuacidad de la gente, los ritmos y modalidades de comunicación. Todo está en su contra. Desde la intoxicación severa que le provoca su primera comida criolla y le pone en contacto con la doctora Leila Ustáriz, su inminente “amor latino”, pasando por el pintoresco guía Chiporro que lo conduce por las peores trochas y caminos, el encuentro providencial con el arhuaco Vespasiano, el “alma del acordeón”, hasta la noticia de la reciente muerte de Ana Polo y la inmersión en el territorio brutal del paramilitarismo. Todo lo excede y lo desafía. Y sin embargo, en la compañía de su perro Bodo, a quien no ha podido dejar en su natal Trossinguen, el alemán va descifrando poco a poco el nuevo mundo al que ha venido a caer, y termina, como era previsible, por involucrarse entrañablemente con él. Encuentra, pues, el acordeón, traba relación con el fantasma de Juancho Polo, conoce la pasión de la joven doctora Ustáriz, cosecha éxitos inenarrables en la tarima del festival de acordeones gracias a la interpretación a dúo con el indio Vespasiano de *Alicia adorada*, se pone en el ojo del huracán de la barbarie paramilitar y termina cortando sus lazos afectivos con el pasado alemán y salvando a su nueva amante de las zarpas asesinas que la han condenado.

A través de una narración condescendiente, previsible y plagada de lugares comunes, la novela se sitúa en el territorio profusamente habitado de las relaciones del mundo occidental, industrial y desarrollado, con el nuevo mundo, agreste, bárbaro y maravilloso. De nuevo nos hallamos ante el estereotipo del viajero que, obligado por circunstancias imprevisibles, se interna en un paisaje primigenio que lo confronta y le obliga a reconstruir todo su

aparataje civilizado y abstracto. Y para ello se acude a las claves —siempre efectivas en la medida en que convocan el sentimentalismo compulsivo del gran público— de la mujer feraz y apasionada que arrastra en los torbellinos de su sensualidad las rémoras intelectuales del protagonista, y de la brutalidad de los antihéroes, que oponen a la pulcritud y perfección moral de los amantes y sus aliados, todo el peso de su barbarie. El final, por supuesto, es feliz. Los conflictos se resuelven a pedir de boca de los involucrados, y a la mejor usanza de las telenovelas, el lector se encuentra con la salvación providencial, la irrupción de la caballería, en este caso los helicópteros del Ejército convocados por la Embajada alemana, que arrebatan a la joven condenada de las mismas garras de sus ejecutores. Queda, al final, la imagen feliz, rutilando en las pupilas de los espectadores:

[...] Cuando lo ve allí, en la puerta, Leila adorada se limita a contemplarlo, sin atreverse a incorporarse. Karlheinz Birk se le acerca y la levanta. No hay palabras. Solo la mirada prolongada, en la que ella capta el evidente fulgor del alma que ha comenzado a brillar.

Se sabe que los motivos estructurales sobre los cuales descansa la profusión virtualmente infinita de la narratividad humana, son apenas unos cuantos. Hay quienes, incluso, se han atrevido a enumerarlos. No nos parece necesario, ni tampoco posible, llegar a semejantes términos, y sin embargo, y tanto más en los tiempos que corren, el mérito que acompaña a un ejercicio narrativo no depende, en manera alguna, de la novedad del asunto que éste trae entre manos. Es más, y no obstante el riesgo que ello supone, son esos grandes asuntos transversales a la experiencia de lo humano los que hacen posible el despliegue de los recursos técnicos y espirituales que caracterizan a una gran narración. Y es precisamente uno de estos asuntos de gran

calado, el territorio sobre el cual se intenta la construcción de la novela *El alma del acordeón*. El encuentro de los mundos, la experiencia tremenda de confrontar versiones de la realidad que se niegan y se desafían. El reconocimiento de los propios bordes hecho posible en la medida de la colisión con los bordes ajenos. La naturaleza provisional de toda identidad. La condición puramente acomodaticia y circunstancial de las cosmovisiones. Asuntos, pues, que han colmado el interés de incontables seres humanos a lo largo y ancho de esa dilatada invención de la realidad que es la historia. Y, sin embargo, en esa misma medida, y puesto que lo relatado tiene que ver con la experiencia determinante de cualquier ser humano, la resolución de la historia concreta que se elabora puede descansar en esta certidumbre y generar un texto acomodaticio, superficial y vano. Comprensible, seguramente, y al alcance de la atención veleidosa del lector promedio malformado por la irrupción devastadora y autoritaria de la cultura del entretenimiento, pero en esa misma medida nocivo en el sentido de la construcción colectiva de una versión de mundo que nos acerque a la vivencia de la dignidad. Frente al relato de los amores tormentosos de dos jóvenes separados por abismos de tradición y cultura, se pueden generar melodramas oportunistas y puramente ilustrativos, o textos de envergadura capaz de confrontar a los hombres de cualquier condición y circunstancia consigo mismos y con su historia. En ningún caso, por fortuna, se trata de las calidades implícitas del relato que se desarrolla. *El alma del acordeón* se sitúa en un espacio narrativo de excepcional importancia, en la medida en que desde él es posible dar cuenta de la complejidad y contundencia de la experiencia colectiva que los colombianos hemos construido, aunque no podemos menos que señalar que tal posibilidad ha sido, infortunadamente, dilapidada.

RAFAEL MAURICIO
MÉNDEZ B.
mendezmaur@gmail.com

Melomanía depresiva



La nostalgia del melómano

Juan Carlos Garay Acevedo
Alfaguara, Bogotá, 2005, 288 págs.

Juan Carlos Garay, un egresado de la carrera de periodismo que ejerce de comentarista musical en medios radiales e impresos, ha producido esta novela, que gira, como disco rayado, alrededor del culto fetichista a los discos de acetato; la siguiente declaración resume el credo del protagonista y narrador:



El mueble más grande que hay en mi casa ocupa toda una pared. De izquierda a derecha y del techo al suelo sus estantes guardan todos mis discos de pasta negra: álbumes de larga duración, pequeños sencillos que giran a 45 revoluciones por minuto, incluso viejos discos de vitrola que muy a pesar de su peso son los que ruedan más rápido, a 78 revoluciones. Algunas son grabaciones muy comunes que han sido reeditadas varias veces; otras son joyas irremplazables, ediciones limitadas, recuerdos de artistas olvidados, impresiones de sellos que ya no existen, registros que el amante del disco compacto sencillamente no conocerá jamás. Yo en cambio no tengo uno solo de esos disquitos plateados, ni el aparato tampoco. Sé que me pierdo de una actual afluencia de buena música, pero también sé que una vida no es suficiente para escucharlo todo. Yo he encontrado en el pasado un tesoro cuya opulencia no

alcanzan a imaginar aquellos que cerraron sus oídos al viejo murmullo y sólo prestan atención al sonido digital. A mí me encanta el ruido de la aguja de diamante cuando toca el acetato de vinilo, ese pop, ese scratch, ese hisss que llena la sala unos segundos antes de que empiece la música, ese borboteo suave que alcanza a oírse al tiempo con los primeros compases, ese tono natural, ese sonido imperfecto pero sin artificios, esa música que hace el roce con el vinilo. [págs. 22-23]

El escaso argumento se puede resumir así: Francisco Talavera (alias "Efe", quien es además el narrador), un hombre maduro (o al menos con edad para serlo), es el dueño de "El Cocodrilo Discos", un almacén de acetatos llamado así en honor a *Crocodile Stomp*, una recóndita grabación de un músico más recóndito aún, llamado Sam Maynard; en el almacén trabaja, más por *hobby* que por necesidad, Miranda, una jovencita de familia adinerada, de quien Efe (como era de esperar) se enamora; el problema es que Efe y Miranda parecen andar a diferentes revoluciones y el melómano sólo se atreve a declararle sus sentimientos a su pupila cuando ya es demasiado tarde; paralelamente a esta historia de amor que nunca ocurre, un par de pesquisas discográficas le dan algo que hacer al muy desocupado Efe: la primera, la búsqueda de una edición exquisita de las *Variaciones Goldberg* interpretadas por Wanda Landowska; la segunda, el intento por comprobar la autenticidad o no, de una versión del clásico salsero *El ratón*, con la voz de Cheo Feliciano acompañada, supuestamente, por la guitarra de Eric Clapton; luego de una que otra peripecia, ambas pesquisas son resueltas sin que realmente medie su intervención; al final Miranda se va sin mirar atrás a pesar de los ruegos de Efe, pero éste, como consolación, descubre que su copia de *Crocodile Stomp* resulta ser un ejemplar único e invaluable.

Como se ve, bajo una superficie de jazz y blues lo único que hay es